



Sylvia Molloy
Citas de lectura
Buenos Aires: Ampersand
2017
76 páginas

Historias de lectura

Mariela Blanco¹

Este libro pertenece a la colección LectorEs, dirigida por Graciela Batticuore, de la editorial Ampersand, al igual que *Fantasma del saber (lo que queda de la lectura)*, de Noé Jitrik, reseñado en este boletín, en su número 10, por Aymará de Llano.

Se trata de una breve autobiografía en donde esta brillante novelista y crítica recorre las lecturas que marcaron su trabajo y su vida con el estilo que la distingue:

¹ Investigadora adjunta del CONICET y docente del área de Literatura argentina en la UNMdP. Desarrolla sus investigaciones en el CELEHIS y dirige el grupo de investigación "Escritura e invención". Mail de contacto: marielacblanco@yahoo.com.ar

directo, sin ampulósidades ni poses, al mismo tiempo que afectivo. ¿Qué quiere decir todo esto? Que el texto cumple esa dedicatoria inicial, "Al lector con el libro en la mano", en tanto está concebido como un diálogo ameno. En efecto, ya desde el primer apartado, "Escucho libros", el subtítulo parece funcionar como una clave de su tono: la escritura logra un remedo de oralidad y un efecto de intimidad que simula una voz revelando las intimidades de las lecturas que más influenciaron a la autora. Y así el libro transcurre, como una narración oral tradicional que mantiene cautivo a su público hasta el punto final.

El texto está compuesto de numerosas escenas con un hábil montaje que las expande en microrrelatos. Así, nos enteramos que Molloy tuvo un paso fugaz por la carrera de Química en la UBA, antes

de partir hacia Francia a estudiar Letras. Esta primera elección se vio condicionada por el entonces común mandato materno portavoz del patriarcado que cercenaba las elecciones de las mujeres en relación con las carreras universitarias. La manera aparentemente despojada en que la voz de la madre de Molloy se inmiscuye en su relato me parece una muestra acabada de la sutileza con la que emergen las huellas más profundas de la subjetividad en el texto:

Hacia el final de mis estudios secundarios llegó el momento de decidir qué carrera iba a seguir. Estaba convencida de que quería estudiar medicina [...]. Pero también me tentaba la arquitectura o alguna carrera de diseño. Las opciones no podían ser más distintas y a mi mamá ninguna le pareció buena. Desechó las dos últimas con gesto desdeñoso, te gustará dibujar pero tus dibujos son bastante mamarrachientos. En cuanto a la primera, le pareció más respetable pero igualmente desechable por otras razones: no podés ocuparte de un marido e hijos y a la vez ser cirujana, mejor estudiá química y te buscás un trabajo de medio día. (31)

Las escenas que Molloy nos ofrece en este texto son económicas; se traman a partir de pocos elementos: algunos libros, algunos sucesos y las personas significativas en su vida. Uno de los mayores logros: escribir una autobiografía intelectual, tal como exige la colección, pero sin que el yo resulte jactancioso u omnipresente. Otro: sostener el tono coloquial y afectivo y lograr introducir reflexiones teóricas sobre la traducción, la apropiación de otras escrituras, los procesos que desencadena la lectura, los desafíos de la enseñanza, entre otros.

La relación libro-escena recorre estas páginas tanto temática como estructuralmente. Molloy reflexiona sobre la

lectura como puesta en escena y construye escenas de lectura. En el camino, devela algunos engranajes que inciden en su escritura tanto de crítica como de ficción, si es que estas esferas son deslindables. El planteo de esta cuestión no es inocente; en efecto, Molloy va trazando un linaje de escritores en el que se inscribe hábilmente. Resaltan entonces las escenas en las que relata encuentros y diálogos con José Bianco y Silvina Ocampo, así como su vínculo e influencia con la escritura de Borges. Me arriesgo a afirmar que este autor es el que más se inmiscuye a la hora de concebir los procedimientos de este libro. No por nada Molloy es autora de uno de los mejores libros de crítica que se haya escrito sobre el autor de *Ficciones*, *Las letras de Borges*.²

De la lectura como acto de posesión: leo y me apodero de lo que estoy leyendo, es decir, encarno la voz del hablante, adopto su dicción, hago mía su circunstancia, lleno hiatos, invento situaciones personales, palabras. Leo y el texto se dirige solamente a mí, no existe sin mi lectura: yo le doy voz, le doy yo. Lo que dice Paul de Man de la autobiografía como acto de prosopopeya es finalmente aplicable a todo libro: con mi lectura doy vida a lo que no la tiene, personifico. Este libro es mío, soy su coproductora, como Pierre Menard es autor del *Quijote*. (19)

Esta personalísima aproximación a la apropiación literaria abre el apartado “Vivir las lecturas”, en donde –como adelantaba– el arte y la vida se funden en relato. Más adelante, Molloy recrea una escena infantil en donde la invención no es solo un artificio

² La primera edición de este libro se publicó en 1979 por Sudamericana. En 1991 Beatriz Viterbo lo reeditó con el título *Las letras de Borges y otros ensayos*.

para el juego, sino también el dispositivo para narrarlo:

Me veo un verano en Córdoba, en un lugar que no era nuestro habitual lugar de veraneo, un lugar del todo nuevo para mí en el cual no me sentía muy segura. Debo de tener unos diez u once años, estoy leyendo una vida de Chopin para niños. Veranea en el mismo lugar una familia con un chico más o menos de mi edad, que creo recordar se llamaba Quique. (Puede ser que esté inventando este detalle.) Nos hacemos amigos, le cuento la vida de Chopin que acabo de leer, le encanta, comenzamos a actuarla. Yo soy a la vez directora del espectáculo y Chopin; toco el piano, toso y escupo sangre. Él es Liszt, toca el piano, pero no tose ni escupe. Unas enormes piedras chatas en el jardín del hotel hacen de piano. Creo recordar una dramática huida a caballo, perseguido por los húsares, agregado vistoso que no creo estuviera en el libro. No teníamos quién hiciera de George Sand, mi hermana era demasiado chica y mi amigo de ese

verano, a quien nunca más volví a ver, era hijo único. (20)

De este modo, Molloy enseña, reflexiona teóricamente, se apropia críticamente de las lecturas y construye relatos con estos materiales. En *Citas de lectura*, esta escritora monta muy cuidadosamente una nueva pose con la que quizás se figure ser retratada:

El prestigio de verse y ser vista con un libro en la mano: la pose de lectora. Fui sensible a sus encantos muy temprano, antes de interesarme por lo que había dentro del libro. Como aquellos cuadros renacentistas donde el sujeto aparece con un objeto que señala su profesión, suerte de metonimia que lo prolonga y lo significa -el médico con su bisturí, el pintor con su pincel, el cazador con su carabina- me imaginaba siempre retratada con un libro y lo sigo haciendo. A veces es un libro que he leído, a veces no. El libro cambia a lo largo de mi vida, es elemento variable pero siempre significativo. (67)